

Phil Zuckerman

*Faith No More. Why people reject religion.*

New York: Oxford University Press. 2012

Es un hecho. La producción intelectual publicada sobre los temas asociados a la condición actual de las religiones, sus defensores y retractores, se ha intensificado y multiplicado en las décadas recientes junto con un renovado interés por actualizar y poner al día la teoría tradicional de la secularización. Es en este contexto que cabe examinar el libro que constituye el objeto de esta reseña.

Phil Zuckerman es sociólogo y está asociado al Pitzer College, en Los Angeles, USA. Es autor, entre otros libros, de *Society without God: What the Least Religious Nations Can Tell Us About Contentment* (2010) y de *Invitation to the Sociology of Religion* (2003). Es conocida también su contribución al volumen *The Cambridge Companion to Atheism*, editado por Michael Martin, bajo el título de *Atheism: Contemporary Numbers and Patterns* (2007) y cuya traducción al español está incluida en el N° 7 de *Mesa Redonda* (2013).

*Faith No More* da cuenta de los resultados de una investigación consistente en 87 entrevistas en profundidad, realizadas entre mayo de 2008 y marzo de 2010, con sujetos que tienen el rasgo común de haber abandonado las iglesias a las que pertenecían y sus creencias asociadas. Se trata de 47 hombres y 40 mujeres. Cubren una variedad etaria y una diversidad de credos: católicos, protestantes, judíos, pentecostales, islámicos, mormones, testigos de Jehová, presbiterianos, bautistas, metodistas, y otros. Zuckerman sostiene que este material debe relacionarse con el proceso de lenta pero progresiva secularización en los Estados Unidos y que recientes estudios califican como un hecho innegable, afirmación que pone en entredicho algunas conclusiones relativas a la excepcionalidad de los Estados Unidos en la materia. El análisis del material recopilado apunta, primeramente y ante todo, a la conclusión de que el abandono de una creencia religiosa es un itinerario lento y complejo, que no ocurre de una sola vez y en el que intervienen múltiples factores. Zuckerman elige calificar a los protagonistas como apóstatas y lo extiende al proceso incremental desde la religiosidad a la secularidad: apostasía. Él reitera en la importancia de identificar este viaje como una experiencia preferentemente personal e intransferible.

Confirmando otros estudios que incorporan diversas zonas del planeta, Zuckerman identifica los rasgos generales de quienes se aventuran en la irreligiosidad. En general, son preferentemente hombres, más que mujeres; tienen mayor educación y mayor entrenamiento intelectual; tienden a adoptar actitudes morales y políticas más progresistas que conservadoras; y poseen mejores condiciones materiales. Como se sabe,

por ejemplo, los mayores índices de irreligiosidad –o apostasía, si se quiere- ocurren en Europa y otros países desarrollados, en donde los índices de escolaridad (en todos sus niveles) así como los de bienestar material son efectivamente altos comparados con otras regiones geográficas.

¿Cómo caracterizar el escenario religioso del que provienen los entrevistados por? Aunque se trata de iglesias y credos diferentes, Zuckerman refiere el hallazgo de algunos rasgos comunes transversales. De una parte, los entrevistados testimonian la centralidad del tema sexual. En todos los casos, aunque en grados variantes, el sexo es tratado en términos de prohibición –tabú, diría la tradición- y la eventual transgresión de las reglas que lo mantienen cercado –así como la mera imaginación de la transgresión- son vividas con intensa vergüenza e incontenibles sentimientos de culpa. Estas manifestaciones psicológicas definitorias están asociadas al miedo: miedo al reproche de las propias familias y los miembros de la comunidad religiosa y, por último, miedo al castigo. El transgresor –de hecho o de pensamiento- está amenazado y pende sobre él la espada de la condena eterna en los infiernos. Se trata de experiencias muy dolorosas y los testimonios recogidos por las entrevistas revelan que el adjetivo ‘dolorosas’ no es, en absoluto, exagerado. La amenaza es real, pero también lo es la fuerte inclinación sexual que todos los seres conocen. El dilema, en consecuencia, es también real y su prolongación en el tiempo es sinónimo de sufrimiento. En el dominio de la amenaza, cabe señalar que en algunas de las iglesias referidas un papel significativo es jugado por las predicciones de fin de mundo.

Una disquisición lateral parece tener sentido en este punto. En los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, el escritor húngaro Arthur Koestler (1905-1983) describió en su extensa autobiografía el itinerario de su renegación respecto del partido comunista, del comunismo como ideología y de la experiencia soviética bajo la égida de Stalin y sus sucesores. La renegación –como Koestler la llama- no es principalmente un proceso intelectual, aunque también lo es indesmentiblemente. Se trata de un itinerario sentimental y emocional, inocultablemente semejante al decurso sufriente del desamor de los ex amantes. Así como nos enamoramos, del mismo modo adherimos a creencias religiosas y a ideologías políticas. Se trata, por cierto, de una hipótesis sumamente atractiva y convincente pero que requiere de las necesarias evidencias en su favor. Los entrevistados de Zuckerman pudieran agregarse al expediente de una teoría general de la adhesión y la renegación.

Los entrevistados dan cuenta también del sistema cerrado en el que se constituyen algunas de las iglesias y sectas a las que pertenecieron, con verdaderos cinturones protectores que cuidan e inhiben cualquier potencial expresión de desviación respecto de las normas. Los miembros de las comunidades rodean a cada individuo y vigilan sus conductas, atentos a formular las advertencias apropiadas o corregir de manera manifiesta las conductas divergentes, reactualizando los compromisos de obediencia de cada miembro del grupo. Esto llama la atención otra vez sobre el rol activo que juegan las familias en las dinámicas de protección y continuidad de las comunidades. Se trata de algo sustantivo, dado que el distanciamiento respecto de la iglesia particular de que se trate

termina siendo, inevitablemente, una amenaza para la estructura familiar en su conjunto. Dejar la iglesia resulta ser, con frecuencia, dejar la familia y, por añadidura, perder amistades. No obstante el precio implicado, los apóstatas de Zuckerman encuentran un contrapunto en el fuerte deseo de recuperar su autonomía individual en materia moral y existencial y reafirmarla, experiencia que la literatura describe a menudo como individuación.

Esto nos conduce de vuelta al tema de los factores que aparecen teniendo un rol que gatilla o precipita del proceso de apostasía. Por de pronto, como ya se ha señalado, está la opción de vivir la propia sexualidad más allá de las reglas establecidas por la iglesia. La suma de experiencias gratificantes proporcionadas por la realización sexual terminan pesando de una manera que ninguna prohibición logra contrarrestar. Pero, con todo lo preponderante que la variable sexual puede llegar a ser, no es la única. Los entrevistados señalan, igualmente, la percepción del sufrimiento en otras personas, particularmente en niños con enfermedades terminales, así como el fallecimiento inesperado de seres queridos, y el sufrimiento generalizado de millones de personas en tantas zonas del planeta, aplastados por el hambre, la violencia política y religiosa, las guerras, las discriminaciones odiosas que afectan a otros tantos millones, etc. Todo ello es visto como algo que no calza en la arquitectura de un mundo creado por un ser omnipotente y misericordioso, un sinsentido que ninguna explicación logra reducir.

Zuckerman señala, también, como factor precipitante, la eventual seguidilla de infortunios personales y familiares, que aparecen particularmente injustos e inexplicables para personas que, precisamente, se desvelan por seguir al pie de la letra las reglas de sus religiones. Se trata de una contradicción a la vista. A este respecto, cabe traer a colación un problema que la investigación ha puesto en la agenda. Se trata del infortunio personal como experiencia que da inicio al proceso de apostasía. Podría pensarse que este mismo factor, generalizado para grandes cantidades de personas, sociedades enteras atrapadas en condiciones de pobreza, insalubridad y falta de acceso a niveles básicos de vivienda y educación, pudiera ser una causa sostenida de irreligión. No es el caso o, al menos no es lo que los arrojan los datos. En este punto, Zuckerman acude a la investigación referencial desarrollada por los sociólogos Pippa Norris y Ronald Inglehart, cuyos resultados aparecen en la segunda edición del libro *Sacred and Secular, Religion and Politics Worldwide* (Cambridge University Press, 2011). Según los autores, precisamente, se trata de los países pobres los que exhiben mayor presencia de adhesión religiosa. La condición permanente de inseguridad existencial se constituye en el terreno fértil para las religiones. En este tipo de países, la población se enfrenta a condiciones profundamente limitantes, con índices de esperanza de vida por debajo de cualquier promedio, y experimenta dramáticas limitaciones en el acceso a condiciones mínimas de sobrevivencia: agua potable, electricidad, vivienda, salud, escolaridad e ingreso. A ello se suma una profunda y endémica desigualdad, acompaña de rivalidades étnicas, corrupción política, inestabilidad y ausencia de políticas públicas y una progresiva degradación del ambiente. Por paradójal que resulte, en apariencia, son estas regiones del planeta las que exhiben los mayores índices de adhesión religiosa. Pareciera haber una lógica en ello: a mayor indefensión, mayor búsqueda de consuelo. Conversamente, resulta perfectamente consistente el

hecho de que los mayores índices de irreligiosidad –o secularismo, si se quiere- se manifiestan en los países con buenos niveles de vida.

Otro factor indicado por Zuckerman tiene que ver con la oportunidad de verse expuestas las personas a otros estilos de vida, a otras experiencias morales, incluso otros credos. Esto ha sido señalado por mucho tiempo como una situación profundamente corrosiva, en todo tipo de asuntos. Según parece, las iglesias lo saben cuando construyen barreras y fronteras en torno de sí mismas, con el propósito de evitar el contacto prolongado de sus miembros con discursos y conductas diferentes. La exposición global de la comunicación planetaria es, seguramente, una variable que no se puede desestimar y que condena a la inutilidad a muchos de esos esfuerzos de contención y cohesión internas. Como ha sido dicho una y otra vez, los militantes religiosos de hoy no se enfrentan ya solamente a su propia religión sino a una multitud de ellas expuestas en el mercado global de las opciones, que incluyen también la apostasía –expresión que puede traducirse perfectamente por agnosticismo y ateísmo. Inevitablemente se ven expuestos, también, a oleadas de multiculturalismo, así como a mareas de divulgación científica. En el aislamiento perfecto, en el enclaustramiento, en el cierre deliberado de la experiencia, las propias adhesiones pueden sobrevivir al tiempo y la distancia. Pero en la exposición global, nadie está a salvo y se ve empujado a practicar el sano ejercicio de la comparación.

Más allá de los datos técnicos, los testimonios incluidos en el libro de Zuckerman son, con frecuencia, enteramente conmovedores. Pero, por sobre todo, a nuestro juicio, es importante rescatar que los apóstatas en cuestión exhiben un grado de integridad personal que contradice todas las predicciones de sus iglesias, que los perciben hundiéndose irremediabilmente en un océano de inmoralidad, lujuria y maldad, condenados para siempre. Por el contrario, manifiestan un sentido de la propia responsabilidad que antes no habían podido desarrollar. En suma, aparecen desarrollándose como seres morales con una desarrollada conciencia de los dilemas éticos que implica siempre el tomar la propia vida en las propias manos. Lo cual, por cierto, no quiere decir que el mal, la irresponsabilidad, y la desgracia sólo estén en el ámbito de la realidad de la que han emigrado. Pero sí quiere decir que la vida es mucho más compleja, diversa, abierta y desafiante de lo que con frecuencia se nos quiere hacer creer.